

“Miraban respirar al primer rey del mundo”

¡Hola amigos! Atención a la escena. Ya está el primer sol dorando la primera mañana. El cielo es tan azul, la atmósfera tan transparente, que las cosas se ven frescas y bellas como si estuvieran por estrenar. Jubilosamente, la **redención** viene a enmendar su enorme plana a la **creación**. Y con más de cuatro mil años a sus espaldas, Eva, sólo espera entregar al Niño una roja manzana para morir en paz.

Después, el portal se queda desierto. Sólo dos sombras gigantescas se dibujan en la pobre pared del establo.

Es el momento en que, Charles Péguy, sitúa una de las más bellas poesías que se han escrito sobre la Navidad. Con ritmo lento y repetido, con brisa de canción de cuna, llega hasta nosotros el contraste entre el recién nacido, irradiando luz y dulzura, y la tosca fealdad de los dos testigos que no habían sido invitados.

*Y el viento que soplabá por la enorme hendidura,
hubiera helado al Niño que estaba descubierta;
y el viento que soplabá por el portón abierto,
hubiera hecho de hielo su pesebre modesto.*

*Y al Niño, que dormía con los puños cerrados,
si estos dos chambelanes, estos morros peludos,
estos dos guardaespaldas, estos grandes testigos,
por salvarlo del frío no le dieran su aliento.*

*Bajo el mirar del buey y el mirar del borrico,
el Niño respiraba, cogido el primer sueño;
las bestias, calculando dentro de sus cabezas,
esperaban la hora en que estaría despierto.*

*Estos grandes barbudos, estos grandes bisontes,
miraban entreabrirse el labio húmedo y redondo;
estos dos grandes peludos, estos dos grandes tontos,
velaban el dormir del primer Rey del mundo.*

CH. PEGUY

¡Que esperanza para los que somos torpes, para los que no tenemos especial habilidad! Dios, amigo de lo tosco, y de lo desmañado. Dios sacando partido a lo inútil.

No ocurre igual entre nosotros. No sé qué extraño refinamiento nos va haciendo inhumanos para todo lo bajo del mundo. Huimos de lo que no es rico y selecto como quien se avergüenza de parientes pobres.

La Navidad 2007 nos trae esta nota alegre y conmovedora. No existe la discriminación para Dios. A su lado, la vejez, la fealdad, la pobreza, cumplen un alto cometido. Buena lección para nosotros que andamos recomidos de vanidades: todos con vocación de grandes señores.

Pero lo inútil del mundo da gloria a Dios, como le da también el tiempo perdido, la belleza olvidada, el silencio... Todo lo que este mundo consumista no puede reducir a números.

Dos pobres bestias, sin otra cosa que orejas y pezuñas, le cuidan con toda la ternura del mundo. Es seguro que al calcular la hora de su primer sueño, en sus cabezotas irracionales, floreció una rosa.

¡Rosas para todos! Un abrazo.

Déborah

